



## Autoctonía de la música cubana

---

Efraín Morciego

---

*a Zoila Luisa*

"(...) Los mitos suelen ser compendio de las experiencias de un pueblo, fuente de su mejores obras de arte y origen de sus creencias más profundas y significativas. En el caso del pueblo taíno, lo que aquel pueblo creó y creyó ha influido en la actual cultura de las Antillas más de lo que se sospecha. Existe amplia evidencia documental para demostrar que los indígenas fueron diezmados pero no exterminados. De modo que en el inicial proceso de convivencia y transculturación, junto con lo material y visible de sus modos de hacer, también han transmitido algo de lo recóndito e inapresable de sus modos de sentir. Enterarnos de cómo percibían el mundo y representaban las fuerzas de la naturaleza habrá de ayudarnos a descubrir soterradas raíces míticas en ciertas creencias religiosas y en determinadas creaciones artísticas de los antillanos de hoy. (...)"

*Arrom, José Juan .<sup>(1)</sup>*

Se da por hecho que los primeros pobladores de las Antillas llegaron en oleadas que, procedentes de la costa norte de Sur América, se fueron asentando por el arco de las mayores de estas islas hasta llegar a Cuba, estableciéndose desde el oriente hacia el occidente y desplazándose unas a otras en la medida de su arribo.

Así, a la llegada de los españoles, la parte occidental de Cuba estaba habitada por los *guanahatabeyes*, detrás de los cuales, al parecer, habrían llegado los *siboneyes*, mientras que los *taínos* ocupaban ya una buena parte del territorio centro-occidental y todo el oriente. Los *caribes*, por su parte, vendrían *empujando* a esta oleada precedente.

Por los sitios que pasaban —además de hábitos y rasgos culturales de sorprendente vigencia—, iban dejando, a manera de nombres, el peculiar sonido de su lengua: *Cairi*, *Borinquen*, *Quisqueya*, *Haití*, *Cuba*, *Cubanacán* y otros.

Un numeroso grupo de historiadores, etnólogos, arqueólogos, folkloristas y otros especialistas americanos han acumulado una valiosa bibliografía dedicada a esclarecer importantes aspectos de este remoto período; pero sólo en casos aislados se producen consultas de toda esa documentación y las nuevas tesis, en el caso de que lleguen a hacerse públicas, se convierten en manifestaciones raras y casi clandestinas como si no tuviéramos poderosas razones de compromiso con tales resultados.

Un elemento de indudable valor en estas tesis lo constituyen las herencias ambientales, las tradiciones, los mitos, el clima, ciertos componentes del idioma, algunas comidas y aditamentos y la filiación a los sitios natales.

Si —como en el caso de Cuba—, estos ambientes se hallan enriquecidos por la belleza natural, la musicalidad, toponímica y la relación concreta y ejemplar de los hechos históricos, entonces esta filiación se convierte en una noble afición a la cual cierta crítica desintegradora se ha apresurado, desde siempre, en catalogar como *regionalismo*.

Es cierto que los conquistadores españoles exterminaron, literalmente, a la población originaria de Cuba y el resto de las Antillas así como a una buena parte de los pueblos que habitaban en Tierra Firme. Con demasiada sencillez repetimos a veces los esquemas trazados sobre aquel bárbaro etnocidio y eliminamos de nuestra formación todo vestigio original cuyas raíces pudieran estar hundidas en lo más remoto de nuestra nacionalidad.

Es cierto que España y Africa se atribuyen los principales aportes étnicos y culturales a nuestra nación, como también es cierto, que lo hacen desde dos posiciones bien distintas, la del colonizador-esclavista y la del esclavizado; pero eso no implica, ni mucho menos, que debemos cerrar la página aborigen como una cuestión *tristemente* sellada.

El Viejo Mundo nos impuso hasta la autonomía de vuelo de las leyendas de sus emisarios y alentó nuestra predilección por las mismas: Cortés impresionó a varios caciques mejicanos con el brío del caballo de Ortiz excitado por el olor de una hembra recién parida; Colón *robó* la luna a los jamaicanos amparado en su conocimiento previo de un eclipse lunar, y nosotros admiramos calendarios, templos y pirámides de otras partes del mundo desconociendo a las que florecieron a nuestro lado; estudiamos las crónicas de los conquistadores, disfrutamos del estilo de quienes vencieron en desigual combate y no inclinamos el oído en favor de quienes hablan cada día —incluso valiéndose de nuestras lenguas, hábitos y costumbres— desde el fondo de nuestra propia historia, contada por ellos, y con voces que no pudieron ser apagadas en los textos del conquistador. Más que el ejercicio de un poder aureolado por el conocimiento de la espada, la imprenta, las cartas de marear y los Autos de Fe, se ejerció desde siempre el desprecio hacia una cultura tenida a menos, que nosotros, en cada caso, no hemos sabido, del todo reivindicar.

A partir de octubre de 1492 y tomando como referencia la copia del extraviado *Diario de navegación* de Cristóbal Colón, la historia fue escrita en todo momento y durante los primeros trescientos cincuenta años por los colonizadores españoles, excepción hecha de algunos precursores. El etnocidio de las espadas y arcabuces fue prácticamente consagrado por los *historicistas*, si se distingue la actitud de Las Casas y acaso algún otro. Sin embargo, los problemas que estaban describiendo eran *nuestros* y el idioma en que lo hacían es el que hoy hablamos. De manera que conformarse con la versión española, aceptarla—incluso desconociéndola—, es prolongar en nuestra mentalidad el patrón valorativo del conquistador.

Escribir la historia de nuestro país fue un acto que estuvo vedado a los criollos; España vetó, censuró y fiscalizó lo que debíamos o no saber acerca de los orígenes propios. El estigma de la historia de la conquista fue cauterizado bárbaramente por los métodos impuestos para aprenderla.

Lamentablemente, no son aspectos suficientemente conocidos de nuestra historia y, por ende, sus consecuencias no han sido adecuadamente colocadas al alcance del conocimiento científico; pero aún, cuando lo son—a veces—, no logran deshacerse del ropaje *doméstico* con que los entalló el historiador-colonizante, a pesar de los tenaces esfuerzos desplegados en los últimos años por un valioso grupo de investigadores, cuyo resultado se reduce, casi siempre, a unas cuantas clases en la vida de cada uno de nuestros estudiantes durante las distintas etapas de la enseñanza.

¿Cuándo contaremos, a propósito, con los resultados de tal superficialismo? ¿Habrà tiempo, entonces, para volver atrás? ¿Habrà planificado nuestra economía, la rectificación del yerro hereditario? ¿Y cómo se traduce el error, cuando se ha cometido sobre el espíritu de las naciones...?

Un inquieto musicólogo cubano está en vías de demostrar que la música popular mejicana (corridos, rancheras, huapangos y jarabes) está signada muy de cerca por la música negra. En verdad, a veces sería recomendable *madrugar* un poco y *asearnos* temprano en aras de presentarnos adecuadamente ante nuestra propia cultura.

Algunos filisteos profesionales vuelven la cara contrariados cuando escuchan una interpretación de nuestra música guajira. Es evidente que su *exquisito y refinado gusto* no puede solazarse con tales ritmos y su *dilecta cultura* rechaza aquello.

Nuestro baile —al igual que nuestra música— ha hecho fronteras consigo mismo después de darle la vuelta al mundo llevado de la mano por sus mejores exponentes o usurpado por extraños cuando la torpeza promocional lo ha estacando. Así, Alicia y Fernando Alonso tuvieron que fundar la Escuela Cubana de Ballet en los Estados Unidos y Dámaso Pérez Prado alcanzó el clasicismo en México.

¿Cómo podría sustentarse este rancio paganismo cultural si un día se descubriera que nuestros ritmos tienen raíces tan profundas como nuestra historia? Vale decir: ¿qué sería de estas vanguardias de portarretrato si un día supiéramos, al fin —y esto no es un ejemplo—, *de dónde son los cantantes...*?

Guajiro (*goaxeri*) era un respetuoso tratamiento entre nuestros aborígenes y equivalía, aproximadamente, a *señor*. Quizás sea por este conocimiento previo que autores íntegramente cultos como *El Cucalambé*, Celina González y *El Indio Naborí*, por sólo citar algunos, o familias enteras como Ramón Veloz y Coralía Fernández, o cátedras de la música popular como el mestizo Benny Moré, o jóvenes como Albita, Silvio y Pedro Luis, no han tenido prurito en declarar

abiertamente y desde muy atrás su vínculo espiritual con los ritmos de nuestros campos.

Aunque quizás sea también por esto que la crítica conservadora arremete de inmediato, prestando incluso a sus cadetes, contra todo el arte de la tierra caricaturizándolo y congelándolo en expresiones miméticas y vacías de significado como los términos *Liborio*, *siboneyismo*, *tojosismo*, etc.

La página aborigen no debiera cerrarse mientras no fueran aclarados semejantes enigmas.

Durante el 12 y hasta —por lo menos— el 19 de noviembre de 1492 don Cristóbal Colón merodeó por la costa norte de Cuba buscando la enigmática isla de Babeque. Aunque este no fue, ni con mucho, el único enigma que dejó Colón relacionado con la isla de Cuba, el nombre de la *hipotética Babeque* tiene, al menos, para nosotros un valor: se trata de uno de los pocos topónimos o hidrónimos aborígenes terminados en *equé*; verbigracia: *sabana=sabaneque*, *mayabe=mayabeque*, y otros. Hay quien supone el zoónimo *macaeque*, de *macao* y *equé* (Vestidos, envolturas), aplicable a este marisco que carece de concha y sin embargo habita en el caracol de los otros crustáceos. <sup>(2)</sup> De *arawacs* o *arahuaco* también se ha investigado la expresión *arawa= araweque*. Y existe aún otro sustantivo con semejante terminación: *bajareque*.

Curiosamente nos encontramos con que un sustantivo autóctono terminado en *equé* se pronuncia con increíble frecuencia en nuestras relaciones; se trata de *guateque*. Una orientación lexicológica —carente, por supuesto, de fundamento— aventuraría que el término pudiera estar compuesto por el pronombre *wa* (nuestros) el sustantivo *tiao* (amigos) y la curiosa terminación *equé*.

El eminente profesor José Juan Arrom ha propuesto, en el caso de *bajareque*, esta definición: abrigo o cobertor del *bajari* (dueño de la casa).<sup>(3)</sup> De ahí que nos atrevamos a definir *guateque* como al hecho de tener *nuestros amigos en casa*.

Zayas y Alfonso lo define como *reunión de personas de ambos sexos para cantar, bailar y divertirse*;<sup>(4)</sup> desde luego que no se refería a la etimología del término sino a su significado.

Pero aún, desde el punto de vista de su significación, cabría preguntarse ¿qué elementos tan fuertes y raigales se dieron cita en el origen de esta palabra como para que haya llegado hasta nosotros hoy repleta de contenido semántico? ¿Se habrá originado en los *areítos*? ¿O en los *palenques*?

El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo describe de esta forma a los *areítos*: “cuando quieren haber placer y cantar, juntase mucha compañía de hombres y mujeres, y tomanse de las manos mezclados, y guía uno, y dicenle que sea el *tequina*, id est, el maestro”.<sup>(5)</sup> Esta estructura, que por cierto coincide con la definición de Zayas, recuerda enseguida a la del *son*: (un guía y un coro); aunque tampoco es ajena a la que se establece entre el cantante y las agrupaciones de tocadores y bailarines en el caso del *toque* africano y del *bembé* haitiano. Pero ocurre que en ella pudiera estar también contenido el origen de la palabra *guateque*. Esto es de *wa* (nuestros) y *tequina* (guía).

Un connotado ensayista ruso que pasó muchos años en Cuba ocupándose provechosamente de estas cuestiones ha acusado recientemente todo su interés por la afirmación que hiciera Pichardo a principios de siglo en cuanto a que los *palenques* pudieran ser los *núcleos* de las poblaciones rurales cubanas.<sup>(6)</sup>

Otros investigadores sostienen que nuestra raza originaria no pudo ser exterminada tan rápidamente de acuerdo a la cantidad de lugares con nombres nativos que han subsistido. Y hay quien afirma que nuestros aborígenes no fueron del todo eliminados sino que muchos huyeron y se escondieron en parajes impenetrables o quizá en otra isla a aguardar por el 8 de agosto de 1553 en que serían declarados libres.

Sin embargo, lo que tenemos claro hasta ahora, según *nos han enseñado* aquellos que escribieron las páginas de esta etapa histórica, es que nuestros aborígenes eran sumamente débiles y morían con frecuencia debido a la mala alimentación, a un trabajo de desacostumbrado rigor, a las epidemias y también al suicidio, lo que motivó que empezaran a importarse, en calidad de esclavos, los negros cazados, o comprados, en el continente africano, raza que —siempre atentos al criterio de *aquestos historiadores*—, era mucho más fuerte.

Conocido es también que muchos de aquellos negros esclavos *se apalencaron* en los sitios donde había indios alzados y allí tuvo lugar seguramente un delicado proceso de intercambio de sangres, idiomas y costumbres que fue designado por don Fernando Ortiz con el nombre de *transculturación* neologismo que muy probablemente, en este caso, no alcance a definir este proceso en toda su complejidad; sobre todo si tenemos en cuenta que africanos e indoaborígenes se encontraban en una etapa semejante de su desarrollo social y no tenemos ningún argumento sólido para probar que, culturalmente, una de estas etnias fuera más fuerte que la otra —diferencia imprescindible para que pueda tener lugar la transculturación—, si exceptuamos, desde luego, la ya citada aseveración de *nuestros coronistas*.

Pero, qué partido tomar si, por el contrario a la opinión de estos *coronistas*, tan sólo supiéramos que la etnia aborígen no

era tan débil; de hecho, los negros estaban en desventaja en un aspecto; que eran extranjeros. La resistencia ante el trabajo arroja una medida adulterada pues, como se sabe, los esclavos se compraban, por ende, se *cuidaban* más, mientras que los indios eran dados bajo una dudosa perpetuidad que compulsaba al encomendero a explotarlos despiadadamente sin *cuidar* de ellos. El suicidio de un individuo puede denotar una debilidad de espíritu, incluso momentánea; pero que una especie completa esté dispuesta a suicidarse constituye ya un fenómeno de actitud ante la vida, o quizás de concepción de la muerte que difiere de la cristiana. Incluso los métodos de autoeliminación presuponían a los de un grupo humano para el cual la muerte podía significar, dado el caso, un puro trámite: familias enteras se ahorcaban y conjuraban a las otras a hacer lo mismo: las indias se administraban abortivos, los padres estrangulaban o ahogaban a sus hijos; comunidades enteras se envenenaban con el jugo de la yuca agria, de la cual, sólo hasta entonces, habían hecho *su pan*; comían tierra para descomponer su metabolismo y hasta se ha dicho que tragaban su propia lengua para morir por asfixia. En verdad, ¿eran débiles, o aquella era una forma también de *decirnos algo*?

La española, que era la etnia representante de la cultura que ejercía el dominio, no tuvo ningún aporte que hacer en los palenques, ya que cuando conseguían llegar a alguno de ellos, cosa no muy frecuente, se contentaban con arrasarlo. Los españoles se quedaron fuera de su propio *convite*. El español tuvo que aguardar, para mezclarse culturalmente, por el florecimiento de los *boteyes* de los pueblos y los salones de las villas.

Y para esa fecha, una buena parte de la *cultura cubana* estaba ya planteada. No es de extrañar entonces que cuando el *son* llegara a esos salones sus estudiosos tuvieran que

conformarse con reconocer que había surgido en *algún lugar* de Oriente desde donde comenzó a expandirse.

¿Cómo asumir el fenómeno del *son* en tanto componente del *núcleo* de la cultura cubana si llegáramos a establecer que éste, a su vez, no pudo surgir sino en *otro núcleo social*: el de las poblaciones rurales que proponía Felipe Pichardo como originarios de *los palenques*?

El ritmo de las voces y los atabales de los apalencados rebotando en las grutas de las serranías en plena noche, como lo describen puntualmente *nuestros coronistas*, quizás sin el *lujo* siquiera de prender una hoguera, encarnan como nunca, la definición marxista de que *el arte es la fiesta que el hombre se da a sí mismo*.

Por lo menos tres instrumentos musicales fueron observados en Cuba por los españoles, antes de que estos, andando el tiempo, aportaran indirectamente la quijada de caballo y después la guitarra; esto es, la maraca, el güiro y el tambor o *mayohuacán*, esto sin contar instrumentos cuyo nombre se conoce pero dudamos de su forma y función; y sin atribuirle cualidades musicales a otros artefactos como la oliva sonora, el guamo, etc. A propósito de la maraca, ésta se usaba también para convocar al *cemí* o ídolo, de una forma semejante a la que usan hoy día los *paleros* y otros grupos religiosos de origen africano y haitiano para hacer el consabido *toque* o llamado ante el altar.

Se sabe de los imprescindibles vínculos de la cultura con los factores económicos. Y se sabe que la base del menú aborigen —que por cierto, fue la base también durante mucho tiempo del menú de la cultura dominante—, era la harina de yuca o casabe. Pues bien, contamos con esta afirmación del

Padre Las Casas: "(...) Cuando se juntaban muchas mujeres a rallar las raíces de que se hacía el pan "cazabi" cantaban cierto canto que tenía muy buena sonada"<sup>(7)</sup>

No puede precisarse la categoría del aparato crítico del fraile que en 1523 se acogería a la orden de los dominicos; pero qué recado es ese que recoge magistralmente nuestra música cinco siglos después y qué vínculos guarda con aquella incipiente economía según la cual alguien encarga:

*Dile a Catalina que me preste el guayo, que  
la yuca se me está pasando.*

Efectivamente, el guayo, que después dio también su nombre a un instrumento musical de los conceptuados bajo el incómodo patrón de *típicos*, se usaba para rallar la yuca con que se hacía el casabe y después el almidón, el *pan patato* y la *matahambre*. Y es cierto que la yuca *se pasa*, se ennegrece, se descompone. Y esta precariedad en cuanto a los medios de producción: (que me preste el guayo), da a entender un desarrollo social limítrofe con la miseria. En las comunidades rurales cada vivienda cuenta con un guayo y las comunidades aborígenes, aparte de que también contaban con este instrumento en su ajuar, se libraban de que la yuca *se pasara* pues la cultivaban *por montones*, precisamente para consevarla. De ahí que el trasfondo histórico de esta letrilla no responda precisamente a ninguna de las dos comunidades en específico, sino quizás a una tercera que pudo dar origen a este drama social en su momento; ¿sería el palenque? Los ingredientes saltan a la vista: el *guayo* y la *yuca* aborígenes, esa tal *Catalina* (como nombre español adoptado), y la connotación sexual que puede ser un aporte tanto afro como hispano como aborígen, ya que se usaba, a manera de culto a la fertilidad, en el arte antillano y no es, como se ha querido imponer, una atribución

exclusiva de la africanía. Desde luego, el hecho de que esta letra sea perfecta como *situación dramática* y que sus componentes estén tan definidos le da esa impecable y monolítica unidad también como *fenómeno musical* y chispeante de idiosincrasia en su *sentido alterno*.

Pero he aquí que el son no simplemente desarrolla un drama, sino que es muy frecuente que se limite a repetir un estribillo con una nadería como esta: "Ahora lo que tengo es mamey". En tal sentido vuelve a ser reveladora la observación de Las Casas cuando aludiendo a los textos de los areítos declara: "La letra de sus cantos era referir cosas antiguas, y otras veces niñerías, como "tal pescadillo se tomó de esta manera y se huyó".<sup>(8)</sup>

Expresiones como "*Hasta el día*" y también "*¡Hasta que salga el sol!*", tan populares y frecuentes en nuestros *guateques*, recuerdan enseguida la costumbre aborigen de bailar toda la noche hasta caer rendidos de placer y cansancio al amanecer.

Hace ya muchos años, un autor escribió que al *tequina*<sup>(9)</sup> (la persona encargada de cantar en los areítos, el guía), se le llamaba también *samba*. Posiblemente esto sea un error, un cambio de fonemas, una coincidencia; pero si no lo es habrá que meditarlo dos veces pues, como se sabe, *samba* es también el nombre de uno de nuestros ritmos.

Coll y Toste<sup>(10)</sup> asegura que el vocablo *araguaca* —que, por cierto, designa también una danza o baile borinqueño— es el origen del término *guaracha*, el que a su vez —según el juicio de Estaban Pichardo—, sirve para designar una *canción coreada* propia de La Habana. Pero Pichardo dice, además, que *guaracha* es una voz *indígena*; afirmación que entonces es desmentida por Zayas y Alfonso quien conjetura que es andaluza. Sin

embargo, el propio Zayas ha recogido en su *Lexicografía* el término *guáchara* y también *guáchere* este último traducido como *un golpe de dedos*. Como se ve, es sumamente parecido el sentido y sonido del término al de nuestra popular *guaracha*.

Ahora bien, ocurre que el propio Zayas <sup>(11)</sup> se pregunta a su vez si la voz indígena *diumba* no será el origen de nuestra clásica *rumba*, al tiempo que cita a dos autores dominicanos quienes establecen que la propia voz es el origen del término con que se designa la danza en su país, es decir *tumba*. El hecho de que exista además una *tumba francesa* propia de Haití ¿no está significando dos influjos europeos distintos sobre una misma raíz aborigen?

E. Aleksandrenkov, en su artículo *Aborígenes de Cuba*, se cuestionaba también si las peculiaridades de la *cultura local cubana* no serían una prueba de que fueron originadas por células sociales independientes, (palenques) <sup>(12)</sup>

En 1534, veinte años después aproximadamente de haber quedado la isla de Cuba sujeta a la dominación española, una partida de *rancheadores* mandada por Manuel de Rojas logró llegar al rancho de Guamá. A pesar de que este episodio es muy confuso y que pone en tela de juicio la integridad del indoabrigen que durante más de diez años mantuvo en jaque a los conquistadores, hay un asunto que queda claro: el palenque fue destruido, pero no todos los apalencados fueron apresados ni muertos; es más, se advierte en los giros de los interrogatorios, que los españoles se preocupan por la ubicación de los lugares hacia los cuales puedan haber ido los sobrevivientes a buscar refugio, con lo cual evidencian que los apalencados contaban con su *retaguardia* y tenían trazada una estrategia de sobrevivir a toda costa. Es decir, se habían preparado, en poco menos de veinte años, para *una larga lucha de resistencia*.

Las Casas refiere <sup>(13)</sup> que cuando entraban a los palenques, las partidas de españoles se dedicaban, antes de hacer prisioneros, a matar indiscriminadamente a niños, ancianos y mujeres, revelando de paso, una estructura social comunitaria basada en la familia.

Se ha dicho que el español es el único conquistador que mezcla su sangre con la de la raza conquistada. Y desde muy temprano se ha visto en las crónicas cómo se *amancebaban* con las naturales, incluso, cómo en presencia de los hombres usaban de sus mujeres y sus hijas para humillarlos. Según Bernal Díaz <sup>(14)</sup> entre los hombres que pasaron a Cuba con Hernán Cortés "... pasó un soldado que se decía Alvarez, hombre de la mar, natural de Palos, que dicen que tuvo con indias de la tierra treinta hijos e hijas en obra de tres años;". Laurette Sejourneé ha demostrado cómo en las mujeres de nuestras antiguas comunidades existía el concepto de virginidad; por tanto, muchas de estas violaciones pueden haber dado lugar al apalencamiento de indias embarazadas de español, con lo cual empezó a introducirse otra nota disonante en estas comunidades apalencadas: el nacimiento del mestizo, el híbrido o bastardo de raza indefinida que no es ni blanco ni negro ni cobrizo, pero con quien se asocia todo lo impuro; y se asocia también con el campesino *castizo* o *rellollo*, lo que explica que nuestro campesinado haya sido más expoliado que el negro a lo largo de nuestra historia.

Ya en el tratamiento calumnioso que trasunta el interrogatorio a los sobrevivientes del rancho de Guamá, en el que el aborigen es presentado como un salteador, secuestrador de mujeres y depredador, que ha sido ultimado por su propio hermano, se percibe un intento por destruir además, a través del líder, la moral, la imagen espiritual de la comunidad clandestina, como si los españoles que quedaban en Cuba

—ganados ya los reinos de México y Perú— se estuvieran preparando también para aceptar una realidad con la cual tendrían que convivir. Llevaban más de 40 años burlando las disposiciones reales sobre el trato a los aborígenes y estaban conscientes de que éstos podían, en cualquier momento, ser declarados libres.

El 12 de junio de 1554 un acta del Cabildo de La Habana recoge el acuerdo de reunir en el pueblo indio de Guanabacoa a los restos de nuestras etnias que andaban derramados por los campos. Se conoce hasta los nombres de tres indios *macorixs* que fueron sumados a esta experiencia. Es decir, junto a los probables restos de los guanahatabeyes, siboneyes y taínos, naturales de Cuba, en Guanabacoa pidieron reunirse además residuos o descendientes de los aborígenes que pasaron con Velásquez a Cuba, de los jamaicanos que vinieron con Narváez, así como lucayos, guanajos, guachinangos, yucatecos y, por supuesto, negros. Pudiera afirmarse que Guanabacoa constituyó el primer núcleo de población genuinamente *cubano*, el marco de la primera mezcla auténtica y, *el primer palenque legal*.<sup>(15)</sup> Eso explicaría quizás la peculiar idiosincrasia guanabacoense, justificaría las aseveraciones de que ese pedazo de Cuba parece más cubano que cualquier otro y, por supuesto, explicaría también que la secular villa haya sido la cuna de tantas y tan relevantes figuras de nuestra música entre las que descuellan Juan Arrondo, Ernesto Lecuona, Ignacio Villa y Rita Montaner.

En cuanto a los méritos danzarios de los primeros pobladores del país que García Márquez ha catalogado como *el más bailador del mundo*, contamos también con este testimonio de Fray Bartolomé de Las Casas: "(...) y que estuviesen 500 ó 1000 juntos, mugeres y hombres, no salía uno de otro con los pies ni con las manos, y con todos los meneos de sus cuerpos, un

cabello del compás”; y seguidamente hace esta comparación: “Hacían los bailes de los de Cuba a los de esta isla (Haití) gran ventaja en ser los cantos a los oídos muy más suaves”.<sup>(16)</sup>

Con tanta frecuencia como desacierto se ha dicho que el baile es uno de los medios de diversión creados por el hombre. Esto no es exactamente así. El baile constituye una necesidad de extraversión del ser humano y el ritmo es un componente esencial de la naturaleza. Para los aborígenes, por supuesto, era un asunto *muy serio*, una de sus ocupaciones normales y habitual como la caza, la pesca, la recolectación, los hábitos alimentarios y otras más o menos rituales o ceremoniales como aspirar tabaco o la costumbre del baño diario. Su lengua, por cierto, también era tonal.

Todo el orden precolombino fue trastocado por la irrupción de los invasores, y el aborígen, que había sido su creador, empezó a ser aniquilado. Pero el exterminio de una etnia entera presupone mucho menos esfuerzo que el exterminio de su espíritu, vale decir, *su cultura*. Los residuos de nuestras etnias se apalencaron, se enquistaron. Los palenques fueron células que permanecieron en estado de hibernación aguardando a una ocasión propicia para retoñar. Lamentablemente, el patrón puro desapareció y el injerto cultural se verificó en un tronco alterno pero de una inusitada mezcla que ya se iba definiendo a sí mismo como *criollo*.

El guajiro es también en este contexto, el individuo que se presenta ante determinado status social con expresión huidiza, con rasgos de vergüenza en su rostro y ademán apenado. ¿Esto no es también una prueba de que *fue creado a escondidas*? ¿No se adivina en su actitud que *fue entrenado* durante su formación en el conocimiento de que había *otra cultura autoproclamada superior* y que debía estar preparado

para este encuentro? ¿Y cómo recibe al rubor de esta estirpe la cultura dominante? Se mofa de él, lo ridiculiza, lo humilla, lo escarnece, lo minimiza, lo niega. Y negar una condición es admitirla.

Y ¿cómo se presenta, ante el campesinado, el *embajador de la gran cultura*? Incómodo, desconocedor, distanciado, conquistadoramente. Sin embargo, se le recibe con amabilidad, se le sirve, se le agasaja, su versión resulta una viñeta; por qué razones su crónica parece la de un turista? En su momento, el teatro bufo le cobró esta cuenta tanto al gallego como al negro.

La cultura dominante, por supuesto, ha interiorizado bien desde siempre los valores de la cultura que niega. Quizás esto es lo que ha hecho más difícil el conocimiento y aceptación de *lo nuestro*, y quizás esto es lo que propicia también que el corso y la piratería cultural estén siempre a la caza de nuestros ritmos para *enlazarlos* y especular con ellos. Por supuesto, este desconocimiento es, además, lo que hace volver el rostro a los filisteos cuando irrumpe en algún lugar la llamada música guajira. Probablemente es esto mismo lo que alimenta el paganismo de quienes adoran en una *McDonald* a la cultura anglosajona. No están del todo erradas ciertas agencias cuando refiriéndose a algunas festividades cubanas las califican despectivamente de *carnaval mulato*. Los que se fueron a los palenques para conservar un clima propio de libertad se alzaron con sus ritmos. Nunca ha sido más libre nuestro pueblo que cuando baila.

Parecería que al consumarse la conquista se hubiera podido colapsar la costumbre aborígen de cantar y bailar. *Nuestro celosos cronistas* nos confirman que no; en 1537, más de 20 años después de conquistada Cuba, decía el Gobernador Gonzalo de Guzmán en carta dirigida al rey: "Hacen en puntos

señalados suyos sus *areítos*, que en comarca de 50 ó 60 leguas no queda ningún indio que no venga a ellos, (...)"<sup>(17)</sup>. A propósito, esa distancia presupone entre 200 y 240 kilómetros, y nos parece demasiado esfuerzo para una etnia tan *débil*.

En un memorial fechado en Santiago de Cuba en 1540, 25 años después de la conquista, se quejan los procuradores de la isla porque tanto los indios alzados como los pacíficos los amenazan en los cantos de sus *areítos* con el exterminio. Ya había negros en Cuba, pero ellos se refieren sólo a los indios.

Y en 1544, el Obispo Sarmiento sentenciaba al rey: "Como sean libres (los indios) no harán sino holgar y hacer *arreitos*; en ellos perderán vidas y ánimas, y los vecinos sus haciendas y V.M. la isla"<sup>(18)</sup>. Habían pasado 29 años desde la conquista y 30 desde que se mencionara por primera vez a los negros en Cuba. Muchos de ellos se alzaban y se avecindaban con los aborígenes en los palenques; sin embargo, los cronistas, hasta ese momento, no acusan recibo de la africanía.

Andando el tiempo y consolidándose el sistema esclavista en Cuba, agotada ya la presencia física de los aborígenes, como recuerda la Doctora Fanny Azcuy<sup>(19)</sup>, los negros esclavos que hallaban en los campos un instrumento tan perfecto como un hacha petaloide, se la atribuían a sus dioses, a los que, por otra parte, representaban como ídolos de piedra con conchas incrustadas a manera de ojos, técnica usada por los aborígenes. No sería ocioso investigar, además del *toque* con la maraca ante el altar, comparativamente, el origen y autenticidad del hacha de *Shangó*, por ejemplo, y los ojos de *Elegba* en el panteón cubano que se denomina *de origen afro*.

Verdaderamente, no puede concebirse qué prerrogativa humana ha sido regalada a españoles y negros, con *compo-*

*nentes secundarios* de nuestra historia para haber arrinconado a la presencia aborigen y conformar una *cultura cuasi exclusivista* en un país signado por la herencia de sus primeros pobladores.

En Cuba no hay alondras ni pájaros —excepto la lechuzza— que canten durante la noche. El último de ellos, el *querequeté*, se acuesta al oscurecer. No obstante, existe un mito taíno, de la profusa y poco recordada mitología recogida por el Padre Pané en Haití, que cuenta la leyenda de *Giahuba-Bagiae*,<sup>(20)</sup> quien fue enviado por el padre de los hombres a buscar la yerba *digo* para bañarse y sorprendido por el sol quedando convertido en un pájaro que canta en el amanecer. Y otro de nuestros ritmos clásicos, cuyo origen se pierde en el tiempo, es quel que dice:

*Sun-sun-sun, Sun-sun-bá-baé, (¿Bagiae!?)*

*Pajá-ro lín-do de la ma-dru-gá.*

Si es cierto que nuestro ritmo se originó en los palenques y desde allí descendió para iniciar su itinerario, se trata, en suma, de una génesis demasiado compleja como para abarcarla en unas pocas líneas *¿De dónde son los cantantes?* ¿No parece una incógnita ancestral interrogándonos desde los propios orígenes? Ya se lo respondía sin ninguna cautela aquella canción compuesta (o recogida) por un hombre que se llamó para siempre Miguel Matamoros en el alba misma de la apoteosis cultural cubana: *Mamá, ellos son de la loma.*

“Venga *guano*, caballeros, venga *guano*!, que estoy en el caballete y quiero acabar temprano”; es otro recitativo antiquísimo que describe la culminante construcción de un *bohío*. Desde luego, también ha sido compuesto, o quizás recogido, por *criollos*; pero el término *guano* es aborigen (hoja, nuestra

hoja, o la hoja por excelencia); y la técnica constructiva del *bohío* que es lo que da razón de ser al texto aunque no se le hayan dedicado demasiados estudios, también era aborígen. Entonces ¿por qué razones no invitar a la *fementida* raza al festín de nuestra nacionalidad como hace, en no pocos casos, la crítica excluyente? Su vigencia, aún en nuestros días, ¿no es una prueba de haber participado de tú a tú, junto con la *cultura dominante* y la esclavizada en un proceso de conformación? ¿Acaso no pagó por este derecho a participar de *la cubanía* el alto precio de haber perdido a sus representantes en la confrontación?

La presencia palpable de estas huellas desmiente la teoría de la raza vencida. Su espíritu aún protesta.

## NOTAS

1. Arrom, José Juan. *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*. México, Siglo XXI, 1975.
2. Se refiere al ensayo *El habla original* del investigador Juan Cuza Huartt, (inédito).
3. Arrom, José Juan: *Estudios de lexicología antillana*, Casa de las Américas, La Habana, 1968.
4. Zayas y Alfonso, Alfredo: *Lexicografía antillana*. La Habana, 1914, 2. t.
5. Fernández de Oviedo, Gonzalo: *Historia general y natural de Las Indias*, Madrid, 1851.
6. Aleksandrenkov, E. *Aborígenes de Cuba*. en Revista Española de Antropología Americana, Vol. XV, 1985. Edit. Univ. Complutense. Se refiere a Felipe Pichardo Moya.
7. Las Casas, Bartolomé de: *Historia de Las Indias*, México 1951.

8. Las Casas, Bartolomé de: *Op.Cit.*
9. Ver: Zayas y Alfonso: *Op. Cit.*
10. *Ibidem.*
11. Zayas y Alfonso: *Op. cit.*
12. Aleksandrenkov, E.: *Op. cit.*
13. Las Casas, Bartolomé de: *Op. cit.*
14. Díaz del Castillo, Bernal: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Casa de Las Américas, La Habana, 1974.
15. En 1978, detrás de la *Loma de los Camajanes*, en el municipio Minas, provincia de Camagüey, Cuba, existía un numeroso grupo de inmigrantes haitianos y jamaicanos apalencados en un pequeño promontorio de piedra de unos 100 metros de elevación. El motivo de este "exilio" era el haber participado muchos de sus integrantes en reyertas y trifulcas sangrientas acaecidas a partir de 1933; otros se habían apalencado voluntariamente. El partido municipal realizaba un delicado trabajo con estos individuos apoyado en la colaboración de un inmigrante de origen granadiense llamado Alfredo Steer Lui residente en la comunidad, así como la eficaz labor del funcionario Alfredo Himelys Machado, única persona que podía entrar y salir libremente del pequeño *batey*. A propósito, el nombre de este poblado, que aún existía, aunque muy reducido, en 1986, era *El Palenque*. Véase: *El crimen de Cortaderas*, de Efraín Morciego, Editorial Unión, La Habana, 1982.
16. Las Casas, Bartolomé de: *Op. cit.*
17. Tomado de Zayas y Alfonso: *Op. cit.*
18. *Idem.*
19. Azcuy Alón, Fanny. *Psicografía y supervivencias de los aborígenes de Cuba*, publicaciones de la Revista de Educación, La Habana, 1941.
20. Pané (o Pane) Fray Ramón: *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, México, Siglo XXI Editores, 1974.